

# Problemas de Método en Catequesis

Jorge Julio Mejía M., S.J.

La búsqueda en el mundo de la catequesis ha sido intensa en los últimos años. Se proponen programas, textos, métodos, dinámicas. Las dificultades experimentadas por los catequistas han llevado a muchos de éstos a retirarse de su trabajo declarándose incapaces para poder responder adecuadamente a su delicada misión. En poco tiempo se ha pasado del énfasis en la doctrina aprendida a través de preguntas y respuestas, a una catequesis que da gran importancia al individuo y su situación, pasando por la intensa vida del grupo, para volver a la doctrina, a los contenidos.

Sin lugar a dudas es la catequesis uno de esos puntos especialmente sensibles a todos los cambios ocurridos en la vida de la comunidad cristiana en las últimas décadas. Es más, se podría decir que ella misma constituye un indicador de la problemática que se experimenta tanto en el campo teológico, como en el disciplinar, moral, litúrgico, sacramental, espiritual. Y es a la catequesis a la que se le hace el mayor número de reclamos por parte de todos los grupos en la Iglesia: si lleva o no adecuadamente al conocimiento integral del mensaje cristiano, si da o no una adecuada formación moral, si crea el debido sentido de la vida sacramental, de la liturgia, de la vida comunitaria, de la oración, del pecado...

Y la reflexión eclesial se ha hecho eco de todas estas preocupaciones a lo largo de todas las grandes instancias de clarificación y profundización de los problemas planteados a la pastoral por la evolución de la humanidad, así como por los grandes progresos en la comprensión del mensaje evangélico y de nuestra misión en el mundo contemporáneo. Ya hablemos del Vaticano II, o de las Semanas Internacionales de Catequesis, o de los Sínodos, o las Conferencias de Medellín y Puebla, o de los documentos de Paulo VI y Juan Pablo II: el tema de la catequesis, de la educación de la fe ha sido un eje de preocupación permanente.

Las preguntas, con todo, subsisten para los catequistas. Aunque podamos reconocer claramente la iluminación que han logrado con las orientaciones producidas, quizás aún se cae en radicalismo y simplificaciones que no siempre dan posibilidad de resolver los problemas reales de la catequesis en cuanto ésta debe brindar resultados claramente perceptibles a través de los procesos de maduración de la fe de niños, jóvenes y adultos que finalmente vayan engrosando las filas de los cristianos que deciden ser luz, levadura, sal en medio de una sociedad que clama por una profunda transformación y que tiene sed de que los valores del evangelio circulen por todas las venas del cuerpo social.

## **Primer Problema: Relación Contenido Método**

Cuánto desean los catequistas y muchos pastores el poder tener a mano un compendio de la doctrina católica, de lo esencial del mensaje cristiano para poderlo entregar a los jóvenes y adultos, sin que se quede

por fuera ningún aspecto esencial del mismo. Una vez asegurado el contenido el problema de conseguir un método adecuado para hacerlo pasar seguramente no será tan complicado.

Sin embargo el problema no es tan sencillo. No se trata de poder tener un breviario de las verdades católicas para poderlas transmitir. Nunca podemos olvidar el hecho de que un gran teólogo puede llegar a perder la fe y que es posible que nuestras catequesis hayan producido ateos que saben de memoria la doctrina.

Cuando se habla de contenido no debemos referirnos particularmente a la doctrina, entendiendo por ésta la organización sistemática de las principales verdades que se refieren a nuestra fe. Es importante, hablando de la catequesis, referirse al núcleo fundamental de lo que ha sido la revelación. En otras palabras ¿cuál es el núcleo que origina nuestra fe? ¿A partir de qué nosotros nos constituimos en creyentes, en miembros del grupo de cristianos que conforman la comunidad signo de la presencia salvífica de Dios en la tierra?

En este sentido tenemos que tener muy claro que la primera y última palabra de nuestra existencia es una palabra de amor. Que Dios es amor. Y que la revelación del Amor nos fue hecha por medio de Jesucristo quien al encarnarse nos manifestó en medio de la historia, actuándolo de manera visible, el amor que Dios nos tiene. Fue El, Dios-con-nosotros, que plantó su-tienda-entre-nosotros. El Dios que tomó la iniciativa y nos salió al encuentro para revelarnos cosas tan importantes como el que Dios era nuestro Padre, que nos llama sus amigos. Que nos ha amado él primero y nos ofrece su amor. Y que por demostrarnos el amor, por proponer un amor real, eficaz a los hermanos con todas sus consecuencias en todos los órdenes de la vida, los egoístas, los que sacrifican el amor al becerro de oro y al poder, le dieron muerte. Así, El, Jesucristo, nos mostró que perdía la vida generosamente para podérsola dar a nosotros y podernos mostrar la condición "sine qua non" del triunfo del amor: hacer frente al egoísmo, y muy particularmente al egoísmo organizado, entregando la vida, más allá del miedo y de la conservación de nuestra vida, lo cual sólo daría como resultado la pérdida de la auténtica vida, la que se genera en el amor. Y este acto de amor de Dios, que nos invita, nos interpela, que nos sale al encuentro cotidianamente, espera nuestra respuesta: es decir nuestra fe.

Y el aceptar esta relación personal con Dios lleva consigo una serie de consecuencias como todo acto de amor humano auténtico: que es transformador, fecundo. Ese amor de Dios nos congrega en un pueblo, nos convierte en levadura, luz, sal, para el mundo. Nos comunica la vida que no termina nunca y nos da así posibilidades de pensar nuestros años de existencia en función de un proyecto global que recorre la historia con su dinámica propia a lo largo del cual se van construyendo, gracias a nuestra colaboración con el Señor, los cielos nuevos y la tierra nueva. Experiencia cristiana fundamental del encuentro con el Jesucristo resucitado, vencedor del mal y de la muerte que alimenta una esperanza permanentemente inquietante, y que nos impide convertirnos en profetas de desastres y en permanentes nostálgicos de los tiempos pasados. Porque dentro de la dinámica salvífica del Señor, nunca ningún tiempo pasado

fue mejor. Porque en medio de nuestro trabajo de completar la creación siempre estamos progresando, avanzando hacia el Reino.

Entonces este núcleo central, constituido por la relación amorosa con Dios, presente y actuante hoy en la historia de la humanidad, reconocido gracias a nuestro discernimiento, nuestra oración y nuestra lectura comunitaria de la Palabra, es el marco fundamental dentro del cual hay que encuadrar cualquier método en catequesis. Más claramente dicho: este hecho constituye la línea metodológica de fondo.

Y esto puede ser bien claro según lo que se acaba de expresar. Porque entonces todo lo que se haga en las sesiones y estructuras de la catequesis debe ayudar a esta tarea fundamental; propiciar el desarrollo de un proceso de encuentro con Dios, de una experiencia de Dios. Y tendríamos que recordar siempre que una experiencia no se transmite. A lo más se puede hablar acerca de ella. Lo más que podemos hacer es crear condiciones favorables, iluminar, facilitar, para que ésta se produzca. Y se trata de una experiencia de relación.

Si tuviéramos que darle algún nombre a esta línea metodológica, podríamos llamarla "relacional". Sin que ello quiera decir que queda reducida la experiencia de fe a un ámbito intimista e individual. La historia de salvación nos manifiesta cómo la auténtica relación nacida del encuentro con el Cristo Pascual, no permite de ninguna manera esta privatización del acto de fe, esta exclusión de la dimensión comunitaria, ni mucho menos el desentenderse de la misión en el mundo.

### **Segundo Problema: La Experiencia de Fe del Catequista**

La utilización de los argumentos de autoridad a lo largo de las sesiones de catequesis para sustentar los diferentes aspectos de la doctrina que se presentan a los catequizados, revela una gran inseguridad por parte del catequista en relación con su propia fe. No es difícil adivinar detrás de la cólera de algunos cristianos que quieren defender la ortodoxia de manera demasiado apasionada, la posible relación defectuosa que los liga a ellos con sus propios contenidos de fe. Si Dios y su acción son hechos irrefutables, no será nuestra lógica o nuestra apologética o nuestro fanatismo lo que los haga triunfar, sino la nueva relación con el que no piensa como yo, la caridad, la comprensión, la irrefutable experiencia de vida que nos lleva a vivir de manera distinta juntos en medio de los hombres, lo que iluminará la verdad que sólo podrá ser explicada, comprendida, demostrada, una vez que se haya "hecho".

¿En qué medida el catequista se siente él mismo transformado, salvado por su fe? ¿Ha encontrado, gracias a su fe, sentido a su propia existencia? ¿Su fe le ha dado posibilidades de ubicarse de una manera original, creativa, transformadora en medio de la sociedad injusta? ¿Su propia fe lo ha impulsado a ser un tipo de hombre o mujer que puede de alguna manera constituirse en una luz para los jóvenes y las jóvenes del mundo actual? ¿Su fe lo ha llevado a mostrar con su manera de vivir en la sociedad que nada humano es ajeno a los creyentes? ¿O lo ha aislado con una mirada despectiva hacia este mundo? Por lo tanto ¿qué valores encarna que a través de él puedan ser leídos en el Evangelio como

aquellos que nos dan posibilidades de descubrir toda la fecundidad de la vida cristiana? ¿Lo ha insertado su experiencia de fe en una comunidad cristiana real, viva, en la que se comparte la vida, la fe, los bienes materiales, de donde se parte para ejercer todas las tareas en medio de la sociedad como expresión de los compromisos comunitarios expresados y provocados por la vida sacramental?

Sólo en este sentido podremos hablar del catequista como un testigo de algo. Pero sin lugar a dudas puede disminuirse mucho la tarea del catequista cuando éste se cree portador de una especie de filosofía y de alguna manera se equipara a otros maestros que tienen ciertos contenidos que pasar a sus alumnos. Catequizar debería equivaler a enseñar a vivir. Delicada y trascendental tarea. Por eso el catequista tiene en muchos aspectos de su tarea un papel de maestro espiritual. Al fin y al cabo debe dar elementos, debe orientar para que se viva esta experiencia de Dios. Son los catequistas quienes inician en la oración, en la experiencia sacramental y vida litúrgica, quienes introducen en la vida de la comunidad eclesial, quienes crean el sentido de la conversión, dan claridad sobre la tarea del cristiano en el mundo, ayudan a tener una visión cristiana del hombre, del mundo, de la sociedad. La verdadera evaluación de un catequista la deberían hacer sus catequizandos el día que pudieran venir y decirles: "no creemos por lo que nos has dicho, sino por lo que hemos visto y oído".

### **Tercer Problema: La Comunidad Cristiana**

Desde el punto de vista eclesiástico este problema podría resolverse fácilmente. La comunidad cristiana, a través del párroco, le da misión al catequista para que desempeñe este ministerio con los niños, los jóvenes y los adultos. Y allí podremos tener a muchos catequistas cumpliendo con este oficio. Pero tenemos que ir mucho más allá; la necesidad de que el catequista tenga una verdadera experiencia de vida eclesial. Es decir que no pertenezca a una comunidad meramente formal, sino a la comunidad viva, en la que él nutra su fe.

La experiencia eclesial del catequista tiene una importancia capital en el desempeño de su ministerio de catequista. Porque entonces podrá entender cómo su punto de partida es la comunidad, cómo sirve al crecimiento y fortalecimiento de la misma mediante el acompañamiento de los procesos de maduración de la fe, y cómo también da posibilidades de que la comunidad se extienda y se multiplique.

En esta comunidad el catequista deberá y podrá ubicar un verdadero lenguaje de la fe que si bien sea plenamente fiel a los documentos de la fe (Escritura, Tradición, Símbolo de los Apóstoles), tiene una calidad viva especial porque procede del resurgimiento en el hoy de la vida eclesial de la experiencia vivida en el encuentro con el Cristo resucitado que le ha transformado la vida y su ubicación en medio del mundo, ofreciendo incluso su vida por vivir la solidaridad con los pobres y su lucha contra el egoísmo organizado.

Y será de esa experiencia fundamental de donde brotará la palabra viva (o revitalizada de la fe), los comportamientos que a través de la manifestación de valores y actitudes evangélicas constituirán auténtico

testimonio del hombre nuevo, y finalmente habrá un rico contenido de vida y experiencia que necesariamente se deberá celebrar, celebración que al mismo tiempo producirá nuevos compromisos con la extensión, y la profundización de la vida nueva.

Pero además de lo anterior será muy importante poder ubicar la organización de la catequesis a partir y en función de la comunidad eclesial viva. De allí procederán las personas que estarán en estos procesos ordenados y sistemáticos de maduración de la fe, y allí podrán volver. Pero habrá que tener claro que cuando la catequesis toma a sus destinatarios un poco de aquí y de allá y después de un tiempo los entrega así, sin más, a la "vida", está corriendo muchos riesgos de perder todos sus esfuerzos, pues si el ingreso a la comunidad eclesial no es una realidad el día de nuestro bautismo, no hay que olvidar que habrá que crear las comunidades como resultado concreto de los procesos de fe vividos en la catequesis. Las comunidades son los terrenos aptos para que florezca con toda su fuerza la fe y en donde y desde donde sea posible ser el signo de salvación que es indispensable hacer presente en el mundo de hoy. Será allí donde se deberá revisar, discernir y estimular la tarea de transformación de la sociedad, indispensable para todo creyente que debe luchar para que el amor, la fraternidad, la paz y la justicia logren finalmente encontrarse en medio de nuestros campos y nuestras calles, y esto sin sentirse jamás ajenos a los medios a través de los cuales el hombre busca estas realidades.

#### **Cuarto Problema: El Lenguaje**

Es importante saber que muchas veces podemos utilizar términos más o menos renovados, pero seguir utilizando lenguajes que poco tienen qué ver con un auténtico mensaje Cristiano. En este sentido no sólo es lenguaje la palabra que se habla o se escribe. También lo son nuestras formas de organización, el trato que le demos a la autoridad, la aplicación de las normas y sanciones, la ubicación social de nuestro trabajo. Y es allí donde puede descubrirse muchas veces incoherencias notables.

La experiencia de fe, en una comunidad cristiana viva, es fundamental para que el catequista pueda producir un lenguaje-fe que se convierta en algo realmente significativo, signo, testimonio de la realidad del Dios vivo, que motive como en el caso de los ciudadanos de la Samaritana, a ir al encuentro del Jesús real. A veces los catequistas pueden tomar el lenguaje que la tradición constituye y da por hecho y transmitirlo tal cual, de manera objetiva, sin que se puedan percibir claramente sus raíces en la historia, en la vida del hombre, en la organización de la vida colectiva. Con ello no será un lenguaje en el cual la fe, la experiencia se dice, sino que fácilmente se puede convertir en un discurso acerca de la fe, acerca de Dios.

Si el discurso que se produce en una sesión de catequesis tiene que manifestarse en comunión con el discurso universal del resto de comunidades cristianas, esta coherencia no se la da tanto la repetición formal de los términos consagrados, cuanto el surgimiento de la vida cristiana real que produce un lenguaje-fe, también original. Su unidad le viene del hecho que el punto de origen, el hecho de donde brota es la experiencia

de un único Dios, resucitado, que se hace presente hoy en medio de la comunidad. Cuyo conocimiento es facilitado, iluminado por la palabra que nos viene del pasado (de nuestros padres) y de otras comunidades cristianas que han hablado así al reflexionar sobre su propia fe y sobre la fe de la comunidad y en el cual nos es posible reconocernos; con el cual nos podemos confrontar y nos puede cuestionar. Pero que nunca podrá sustituir nuestro propio lenguaje, en cuanto que éste en definitiva tenga también que expresar lo que a nosotros nos produce la viva experiencia del encuentro con el Dios vivo a lo largo de nuestra propia historia de salvación.

#### **Quinto Problema: La Relación de la Fe con la Justicia**

De manera muy particular en las comunidades latinoamericanas este problema se ha planteado con especial crudeza. Y se puede hablar de crudeza porque a raíz de los diversos enfoques que se le da a este punto, la comunidad se ha dividido profundamente.

A un nivel bastante abstracto es posible que todos los cristianos estemos de acuerdo en que el problema de los pobres es también un problema que debe interesar a todos los miembros de las comunidades.

El amor, la solidaridad, la caridad, la compasión, todo esto nos impulsa a remediar el sufrimiento de los que padecen hambre, desnudez, desempleo... Con todo, al decir esto no hemos dicho casi nada, porque nos queda la pregunta acerca del cómo ayudarles de manera efectiva. Es a nivel del problema del cómo donde se tropieza con las mayores dificultades. Sin embargo muy pronto se comenzó a descubrir un problema todavía más complejo: que el planteamiento acerca de los cómo, estaba condicionado a situaciones de experiencia personal, de ubicación social, de intereses personales y colectivos. Más aún, se ha llegado a análisis que han creado la sospecha de que según la ubicación, las solidaridades, la red de relaciones sociales desde las cuales se hable, será posible hacer lecturas totalmente diferentes de un mismo mensaje.

Veamos un ejemplo. Tomemos un catequista que quiere explicar la frase de Paulo VI: "no a la violencia, sí a la paz". Si este catequista se mueve dentro de un grupo que vive en tranquila posesión de su casa, con un empleo que asegura de manera digna el sustento y unas ciertas comodidades, entonces es posible que en su explicación y en los comentarios del grupo aparezcan muchas frases alusivas a: sí a la paz del amor, de la fraternidad, de la tranquilidad social, de la seguridad, de la reconciliación, del perdón, del orden. No a la violencia de la reivindicación, de la lucha social, del terrorismo, del odio, de la oposición entre clases sociales, de la huelga, de la ira, del puño en alto. Pero si el catequista se mueve dentro de otro grupo en el que predomina el obrero que lucha duramente por la subsistencia dentro de condiciones de trabajo nada fáciles, en situación de explotación, es posible que la explicación de la misma frase puede ser hecha así: no a la violencia de la explotación, del hambre, del irrespeto al derecho de huelga, de la represión policial, del soborno a los líderes obreros, de los salarios injustos, de la manipulación política de los problemas laborales; sí a la paz de los justos salarios, de las condiciones de trabajo más humanas, de la participación en la empresa,

de una política que se interese realmente por el bien común, teniendo muy presentes las grandes mayorías.

En los contenidos de estas dos catequesis es posible una marca dejada por la experiencia social de cada uno de los grupos y por el tipo de intereses que inquieta la existencia de cada uno de ellos. Si cada explicación se convierte en un tema de catequesis podríamos preguntarnos: ¿Hay uno de los dos verdadero y el otro falso? O dicho de otra manera: ¿hay uno que se acerca más al evangelio que el otro? ¿Qué hilo conductor de la tradición de la Iglesia nos puede permitir de manera más clara asumir una u otra posición? ¿Qué textos de la escritura y del magisterio nos servirán para iluminar uno u otro discurso? ¿O deberemos optar por asumir un discurso absolutamente abstracto que no haga alusión alguna a las situaciones reales, concretas, históricas de los catequizandos? ¿Y que ellos vean qué consecuencias morales pueden sacar de ese discurso?

No en vano una opción por los pobres y la preocupación por dar una formación para la política entre otras tareas asignadas por Puebla a la catequesis, vienen a darnos alguna luz en este problema.

Todo se refiere a que no debemos permanecer más tiempo dando explicaciones acerca de qué es la justicia, cuáles son sus fundamentos bíblicos, qué ha dicho la tradición sobre la justicia, cuáles son sus características, divisiones y subdivisiones, diversos sentidos... También tenemos que preocuparnos acerca de los mecanismos que producen la injusticia y los que hacen posible que se produzcan actos de justicia en el mundo. Y esto necesariamente, en virtud de la ley de la encarnación de Jesucristo, de la revelación en la historia, de la comunidad que debe ser realmente fermento y signo de transformación, de la responsabilidad del cristiano en el mundo, de las consecuencias éticas del acto de fe, en virtud de todo esto tenemos que prestar oídos responsablemente a la problemática que nos plantean las formas concretas y sociales que reviste la injusticia, la opresión, la dependencia, la explotación de los hombres unos a otros. Y esto porque la fe al hacernos responsables de la historia, nos remite también a la necesidad de tomar las decisiones que nos comprometan con las tareas eficaces de transformación de esa misma sociedad. En ningún caso la fe nos debe inducir a huir de la complejidad, la angustia y los riesgos que el meternos en este mundo nos pueda traer. Espiritualizar nuestras opciones realmente en medio de situaciones tremendamente conflictivas, no puede ser interpretado sino como una poco valiente huída de aquello que constituye nuestra verdadera lucha por vencer el mal, sabiendo de antemano que esta lucha nos traerá la persecución. La fe no nos proporciona evidentemente respuesta a nivel del cómo, pero sí nos motiva poderosamente para que seamos creativos en la participación y en la búsqueda, ayudándonos de las ciencias sociales y políticas, de las formas más eficaces para el establecimiento de un auténtico bien común. En cualquier proceso transformador social, los cristianos debemos participar desde adentro a fin de salvaguardar en todo momento la fidelidad a los valores sociales que siempre se proclama que se van a conseguir en todos los sistemas sociales que se proponen. Para buscar, promover y alcanzar la mayor participación del pueblo en las formas de poder político, económico, cultural. Para mantener siempre vivos los valores

que llevarán en toda circunstancia a respetar a la persona y a cuidar los derechos de todos especialmente de los pobres, a no permitir la utilización de la fe y de la comunidad eclesial, o peor aún, de la autoridad religiosa, para la conservación de regímenes que a todas luces subsisten para proteger unos estados de cosas claramente lesivos para los intereses de las mayorías. Y como esta presencia es bien compleja, es necesario que para poder tener participaciones reales y responsables, los cristianos tengamos suficiente claridad en todo lo que a estos procesos de transformación social se refiere. De lo contrario seremos utilizados ingenuamente sin darnos cuenta para qué. Pero tampoco nos será lícito mantenernos a la expectativa, fuera de los procesos a la espera de los resultados, para que una vez que se hayan hecho los esfuerzos y los resultados hayan sido positivos entonces sí reconocerlos e instalarnos cómodamente en ellos, o para hacer simplemente de jueces, lo cual muy peligrosamente nos podrá asociar a los grupos que no quieren el cambio sólo porque éste lesiona sus propios intereses y privilegios.

Dos conclusiones entonces para el método catequético: dime de dónde procedes y te diré cómo enfocas el problema. El catequista, desde la opción por los pobres debe situar su acción como catequista teniendo presente que la auténtica acción en pro de la justicia es un analizador de la autenticidad de los resultados del proceso de maduración de la fe. Pues es claro que el amor de Dios y el amor entre los hermanos no son compatibles con una situación como la que vive nuestro pueblo. La segunda conclusión: es tarea de la catequesis a través de la comprensión de lo que es la misión del cristiano en el mundo, el motivar para que "el ser personalmente competente" en los diferentes campos de la tarea de transformación social, impulse a los cristianos a no ser ingenuos del montón en esta empresa de transformación.

Finalmente tenemos que tener presente que en la medida en que los cristianos han ido participando en estos procesos de transformación social, han ido necesitando por parte de las comunidades cristianas el desarrollo de una verdadera pastoral de acompañamiento para que les dé todo el apoyo, toda la solidaridad y toda la luz y posibilidad de profundización en su fe a medida que el trabajo a que su compromiso los induzca les cree crisis, necesidades, perspectivas nuevas, para que su fe se fortalezca. Porque bien claro debe quedar: no es este trabajo el que produce inevitablemente la pérdida de la fe: es la debilidad de los elementos en los que se apoya la fe, son las alianzas sociales a las que esta fe ha inducido ingenuamente, es el papel no transformador a la que ésta ha conducido muchas veces, factores todos muy reales presentes en las crisis de fe de estos hermanos nuestros.